

mostrar que las chusmas de indios rebeldes que sojuzgó Moctezuma obedecían en sus móviles a ideas precursoras de las que siglos más tarde dictaron el *Contrato Social*, cuando sonaron leves golpecitos en la puerta; y con muda sorpresa vió entrar, medrosa, aturdida, exhausta, a Sofia...

¿Cómo fue? La culpable no acertaría a dilucidarlo. Horas antes se había hecho la ilusión de que iría a casa de Berta Güemes, allí cerca, en la calle de Jalapa. Se aderezó, coqueta, delante del espejo. No quiso hacer uso del auto. Como en los tiempos malos de antaño, subió al tranvía; bajó en la Plaza de Miravalle; siguió adelante; se detuvo ante la puerta de la casa de él, y entró... Cuestión de calles: en lugar de haber ido hasta la de Jalapa, quedóse en la de Medellín. ¡Nada más!

El interrumpido amor se reanudaba en los comienzos de aquel invierno triste de 1912.

No mediaron explicaciones. El uno necesitaba del otro, y se entregaron. Sólo que esta nueva etapa de la pasión difería mucho de las dos primeras. De la mujer impúdica y confiada no quedaba rastro; tampoco existía ya la amorosa romántica de los primeros tiempos. En la amante descubrió Jorge un no sé qué de torturador y de acerbo. Era imperiosa y exigente. Una sombra de tedio y malquerencia apuntaba en los profundos decaimientos que, en ella, sucedían a la posesión. Creeríase que los ojos negros le hacían entonces amargos reproches.

Por nada del mundo quiso la discreta señora volver a la casa del soltero. Tornaron los errabundos amoríos. Breves crepúsculos les sorprendieron en las huertas de Tlacopac y de Tizapán, ahora mustias y tapizadas de seroja que la claridad del sol en oro flúido convertía. Testigos fueron de sus coloquios las calzadas de

extramuros, agitadas por densas tolveneras; los desolados campos adonde arribaban en el taxímetro, el cual solía dar doscientas mil vueltas antes de tomar la ruta verdadera, como esquivando alguna persecución. Destellaron una vez más, con irisaciones de zafiro, las copas de champaña, en el gabinetito familiar de San Angel...—Sofia tenía miedo; un miedo invencible, hostigador, atroz, que detenía el beso en sus labios y paralizaba sus manos en la felina caricia. ¡Qué capaz que volviera al mismo sitio que visitaron la víspera! Rechazó asustada el ofrecimiento que Jorge le hizo de amueblar un cuarto en cualquier barrio apartado y yermo. En cortísimo tiempo recorrieron, de esa suerte, cuantos lugares propicios brindan México y sus alrededores para la fruición de tratos culpables. ¡Ni siquiera les faltaron las clandestinas casas de infamia a las cuales no alcanza la mano policíaca! Allí Sofia, con el rostro velado por espesísima gasa, oprimía el brazo del joven político, temerosa, al encontrar al paso mujeres galantes que la miraban, rientes y curiosas.

Una ocasión, como estallara en la alcoba aledaña gran zambra de gritos y voces, seguida de estrépito de muebles derribados, ella se levantó, en camisa, espantada, con la faz lívida.

—¿Oyes?—interrogó con angustia—. Es él, que llega...

Bazán hubo de calmarla, sonriendo. ¡Bah! Nada había que temer, Líos vulgares. Algún borracho que pagaría más tarde los vidrios rotos...

—Tu marido—agregó, encendiendo un cigarrillo— es el viejo de las comedias, conciliador y simpático... ¿Te has fijado en que tiene un sorprendente parecido con los gatos de Angora?

¡Tan manso y pachorrudo el pobre! Me admira que no le conozcas... Psicología rudimentaria: el *abc*... No se necesita ser un Bourget para descifrarlo...

Sofía probó los celos. Un día, en San Angel, al extraer el diputado algunos billetes de la cartera, a fin de liquidar la cuenta, rodó sobre del mantel una tarjeta minúscula. Cogióla con avidez la amante. Era de mujer. Sólo contenía un nombre extranjero y una dirección.

La feroz escena subsiguiente tuvo por teatro el vehículo en que regresaban. Sofía lloró a mares. Habló de sacrificios no comprendidos. Dió rienda suelta a las frases crueles...—Y entonces, por primera vez, al cabo de tres semanas de apoteosis sensual, Jorge Bazán cayó en la cuenta de que le roía un tedio invencible, recóndito. Mientras la dama echaba torrentes por los ojos, pensó, gravemente, en la esclavitud impuesta; en el censurable abandono a que se hallaban condenadas sus trascendentales labores políticas; en la gran obra «histórico-sociológica» que tenía en cañamazo, y de la cual sólo había dado a copiar a Sixto tres capítulos.

Enjugando sus lágrimas, al despedirse, ella le dió la acostumbrada cita caprichosa:

—Mañana... a las cuatro... En la puerta de la Santísima...

En realidad, habrían de encaminarse a los contornos de Atzacapotzalco.

Pero no sedujo al diputado tan hermosa perspectiva de aventura sentimental. Al penetrar en su guarida, hizose el propósito de no concurrir.— ¡Al trabajo, sí, señor, al trabajo! Por la mañana, terminaría el capítulo cuarto de *El desarrollo de la idea democrática a través de las edades de nuestra historia*.— Para hincarle el diente, le faltaba, sin embargo, averiguar un detalle: si Moctezuma comía ostras o no las

comía; esto importaba mucho para la verosimilitud de la fisonomía histórica del soberano. Una vez vencido tal escollo y listas las cuartillas de marras, por la tarde, anda que anda, se encaminaría al Congreso, pues la sesión prometía...

En vano le aguardó la amante en el lugar convenido. Transcurrió una hora; no llegaba. Con finos caracteres de letra inglesa, en la memoria de la culpable se dibujaba un nombre exótico: *Genie Leblanc*. Atarazada por los celos, tomó un coche. Media hora después estaba en la calle de Medellín. Abrióle Ochoa, sorprendido. Entró ella en la solitaria vivienda.— ¿No estaba? Aguardaría...— Bebiéndose sus lágrimas hubo de encerrarse en la coqueta alcoba. Cada mueble, cada objeto, suscitaba un recuerdo: los cuadritos de Greuze; la Venus de Milo que en el espejo del *chiffonier*, a la suave claridad de la lámpara, reproducía su sereno torso; el lecho, amplio y mullido...

Y a tiempo que contemplaba todas esas cosas, un gran rencor, un severo rencor, ascendía, emergiendo de su tristeza.

De pronto, escuchó pasos en el vecino estudio. Airada se puso en pie, con los ojos llorosos. Corrió a la puerta. Abrió; y en el impetuoso movimiento no se detuvo hasta quedar, helada por el espanto, junto a la mesa de trabajo de su amante...

Asombrado veíala ni más ni menos que Sixto Beltrán.

XXX

El coloquio con Rosa María fué triste. Ya no sentía Sixto Beltrán, en el ambiente tímido y recogido de la pobre salita, aquel aleteo de ilusión pura que durante los años del noviazgo dulcificó las horas de cansancio. El jubiloso sueño de la esperanza; la visión del altar blanco y de la blonda cabeza nimbada de azahares, desvaneciase en la mente del hortera, como si, de pronto, la lejanía de un vasto horizonte se hubiera interpuesto.

—¡Sixto, a ti te ha ocurrido algo!—le dijo la cojita estrechando sus manos—. ¡Te desconozco!

Y en tales palabras, pronunciadas con vehemencia, asomaba un gesto de pasión, bien raro en la tranquila placidez que culminó siempre en los amores de la inválida. Un gesto de pasión que sacudió la inercia de Beltrán, quien, sin poder evitar que las lágrimas humedecieran sus párpados, aprisionó la angélica cabeza rubia, y la miró a los ojos, como si pretendiese descubrir en el fondo la sombra del mal.

—¿Por qué me miras así?—interrogó la voz ingenua—. ¿Por qué me miras así?

—No; tú eres buena, Rosa María...—articuló Sixto, divagando—. Me quieres bien, ya lo sé; es una locura pretender que...

Mas no completó su idea. Los labios se negaban a traducirla. Vivo estaba el recuerdo de la escena de poco antes. Tenía muy presente la mueca de espanto de la infiel. No recordaba sus frases. Probablemente fueron de aquellas que constituyen, por su vacuidad misma, por su carencia de urdimbre, el complemento necesario para adquirir una certi-

dumbre de la cual ha sido principio revelador el grave hecho incontestable. Sofía se había marchado sin explicaciones claras, presa de la agitación dolorosa que no acertó a amenguar, sino antes bien acreció, el fatal encuentro. Y no olvidaría nunca Sixto los instantes que pasó después en el estudio del abogado, atenaceado por mil pensamientos, a cual más tétrico, que hacían que se desplomara de súbito todo un mundo ideal construido a costa de trabajo y de ensueño. No los olvidaría; no. Ni tampoco el terror que le sobrecogió al pensar que podría toparse allí, en el propio lugar, con el hombre que ultrajaba a quien para el provinciano era el símbolo de la probidad sin mácula, de la rectitud, del bien... En su alma simple, que tenía la lealtad por divisa, el surgimiento repentino de la infamia provocó un cataclismo. Aturdido, escapó del teatro de los sucesos. Erró por las calles. Al fin, muerto de fatiga, hubo de colarse en el hogar de su prometida, adonde natural instinto le conducía: la fuerza de la costumbre, adquirida en dos años de amorosas pláticas.

—Tú eres buena, Rosa María—repetió acariciando entre las suyas las delicadas y finas manos.

Arrepentíase de sus cavilaciones. Ciertamente por las venas de aquel rostro cándido y bondadoso, y por las de aquellas manos santificadas por el trabajo, corría la misma sangre que daba vida a la otra. Mas, por ventura, ¿no era Rosa María bondadosa, dulce, fiel? ¿Apuntaba en ella la más leve sombra de pecado? ¿Tenía acaso culpa de la catástrofe moral que, en el espíritu puro, rectilíneo, casi primitivo de Sixto Beltrán, revestía caracteres que estuvo muy lejos de tener, por la fuerza enorme, en los propios adúlteros?

Para de ahí a dos semanas estaba anunciado el matrimonio de la florista con el cajero. La modesta suma que su verificación requería había sido ya reunida, centavo a centavo, por el novio. Nupcial promesa aleteaba en las columnas de cifras que día por día alineaba Sixto, calculando el costo del venturoso nido. La cojita dió tregua a la confección de flores, para dedicarse a bordar su ropa de desposada...— Y he aquí que, súbitamente, la serenidad azul de aquel cielo octubрино se ensombrecía.

Movido se vió Sixto a confesárselo todo; a depositar en la cariñosa alma gemela todo el légamo de amargura que enturbiaba la suya. Pero un escrúpulo le contuvo. Necesitaba reflexionar a solas; meditar en lo que su deber le impusiera. Así, encerróse en completo mutismo del que la novia no logró sacarle, y cuyo término fué la entrada de doña Eduvigis en la estancia.

—¿Por qué te vas tan pronto?—preguntó la mofletuda señora al verle que se levantaba, justamente cuando se disponía a arremeter con la lectura de un capítulo sensacional de *El Mártir del Gólgota*—. Son apenas las diez...

Rosa María, en el umbral de la antesala, le despidió con un temeroso apretón de manos. La duda, el titubeo ante lo desconocido la embargaron, no bien Sixto desapareció en las tinieblas y resonó en el patio el estrépito de la puerta de la vivienda de enfrente, que tras de él se cerraba.

La lucha fué larga y cruel.

Una vez que su madre, un tanto alarmada por el desencajado semblante que el mancebo traía, le dejó solo en su alcoba, clavóse de codos Sixto en el apollillado escritorio que desde Lagos había seguido a la familia en su peregrinación a México en busca del pan. Sentía ja-

queca y mucha sed. Sus ojos brillaban, febricitantes, a la claridad de la palmatoria que sobre del vetusto mueble estaba.

—Era, pues, verdad...—se dijo, encendiendo un cigarro que, en su agitación, fumaba sin cesar.

Los hechos se encadenaban claros, justos, indudables. Primero, simples decires: acusaciones infames, que había oído de boca de los empleados del almacén, los cuales murmuraban pestes de la antigua taquígrafa.—Este la había visto, en tal sitio, con Bazán; al de más allá le contaron que vendía sus propias alhajas para adquirir otras semejantes, aunque de masculino uso... Un corredor, amigo de Sixto, le aseguró confidencialmente que había sorprendido, saliendo de sospechosa casa, a la mujer de don Miguel, acompañada por un caballero al cual no conocía...—Al principio, Sixto se conformó con indignarse. No ignoraba la común maledicencia, que habitualmente se ceba con los de arriba, y, por instinto, sabía despreciarla. Sin embargo, la plática con su amigo el corredor hubo de turbarle con exceso. ¡Como que se asociaba a otros muchos pormenores de carácter puramente mercantil, los cuales hacían presentir, ni más ni menos, que la ruina del patrón!—Cuando Sixto penetró en los secretos de la caja, pudo advertir que las erogaciones del señor Bringas, en el sostenimiento de su familia, eran cuantiosas. Varias veces, en cumplimiento de su deber, se permitió insinuarlo así al jefe. Encontró, empero, por parte de éste, una serena confianza en lo porvenir; todo lo fiaba a su buena estrella en los negocios... Adivinó, por contera, la pasión por su mujer que al viejo consumía; su afán constante de sacrificio.— Y no dijo más. Intrigado, sin embargo, por los chismes que enturbiaban el ho-

nor de Sofía, hubo de apuntar a doña Eduvigis algo de lo que barruntaba, sin conseguir por ello que su futura suegra abandonase la actitud de indiferencia y enojo que había adoptado desde que se hizo patente la frialdad con que su hija la trataba.—«¡Déjate de cuentos! No faltan los malvados, destructores de honras... Por lo demás, ¿que gasta, que se arruina, que hace, que torna?... ¡Y a mí qué me importa! Ya ella es harina de otro costal...»

Mientras eso acaeció, Sixto, aunque mohino por los presentimientos que a veces le entristecían, vivió con relativa calma. Ahora era diferente. La decoración cambiaba. Había visto, con sus propios ojos, salir a Sofía de la alcoba del abogado a quien malas lenguas señalaban como su amante. Estaba, por tanto, consumada la deshonra del hombre que, a los ojos de Beltrán, aparecía no simplemente como un protector, sino como algo más: como un padre... —¿Permanecería él indiferente ante la falta?

Todo lo debía a don Miguel: educación, nombre, pan... ¿Qué sería Sixto, a no haberse tendido hacia su familia la mano generosa de Bringas? Cariñoso y solícito, fué éste para con su padre un hermano. Le protegió; consoló sus cuitas; alivió sus miserias... Don Eduardo, al morir, había dicho a su único hijo: «Quiere y respeta a Miguel como si yo fuera... En sus manos te dejo... No olvides que la gratitud es deber de hombres sanos... No recibirás de mí ninguna herencia, fuera de la convicción que tengo de la fidelidad con que a Bringas he servido en más de veinte años...»

Ante el deshonor evidente, la cuestión era esta: o don Miguel se enteraba de él, y resolvía el asunto como cumple a un hombre pundonoroso; o no se enteraba, y todo continuaría como hasta hoy.

Tal razonamiento se hacía Sixto. Ahora bien, ¿cabía aceptar la primera hipótesis?

—«Indudablemente—consideró el cajero—. Si sabe de su afrenta, don Miguel matará, armará un escándalo, qué sé yo... Y su casa será entonces pasto de la chismografía soez de la prensa; y él, el comerciante probo, el hombre virtuoso y bueno, irá a parar en algún infecto calabozo, como cualquier criminal...»

—Por lo que toca a la segunda suposición—pensó—, no es de aceptarse... Los amores ilegítimos tarde o temprano se descubren; y así como yo, sin buscarlo ni quererlo, he puesto en claro este lío, mañana o pasado llegará a noticia de don Miguel...

¿Qué hacer entonces?

Sixto concluyó:

—Pues evitar a toda costa que el patrón sepa lo que ocurre, en obvio de mayores males... ¿Cómo? Desbaratando los amores de Jorge y Sofía.

Mas ¿era posible hacerlo? ¿De qué modo?—¿Pidiéndolo de rodillas a uno y otro de los amantes? Sería inútil; pues bien poca cosa era él para solicitar tales mercedes... —¿Dando cuenta de lo acaecido a doña Eduvigis y a Rosa María, para que ellas convenciesen a la adúltera de la enormidad de su pecado y la hicieran volver al buen camino? No tendría esto resultados efectivos. No los tendría por dos razones: primera, porque doña Eduvigis no gozaba de ascendiente alguno cerca de Sofía; segunda, porque Rosa María, tan inocente y angélica, no sabría enderezar tuerto de tal guisa.

La única persona capaz de dar al traste con los amores inicuos era Julia Bringas.

Cierto que su mano estaba prometida a Bazán. Mas —decía Sixto— ¿era humanamente

posible que se casara Julia con el hombre que había deshonrado a su padre?

Ocurríasele al intrigado mozo que la revelación del caso tremendo a la pobre muchacha sería la muerte de su amor, que quizás pudiera costarle también la vida. Pero qué era preferible: ¿matar la ilusión, evitando así que la ilusiónada se manchara, o hundir a un hombre honrado, leal, magnánimo, como don Miguel Bringas, en el abismo insondable, del cual eran amenazador símbolo el escándalo y la cárcel?

Ante la conciencia de Sixto Beltrán, fervoroso católico, tal pregunta sólo podía tener una respuesta: sacrificar a la hija para salvar al padre.

Pero ¿cómo sacrificarla? ¿Cómo ofrecer a sus labios aquella copa de hiel?

Cavilando acerca de tan graves problemas, Sixto se echó vestido en la cama. Pocas horas después, la luz del alba sorprendíale despierto...

XXXI

Julia supo por boca de Sixto la horrible verdad dos días después. La entrevista fué breve, sin desgarramiento visible. El provinciano iba derecho a su fin, y habló. Sabía que se condenaba a sí mismo, que tal revelación traería aparejado el sacrificio de su amor; pero, fiel al deber que creyó cumplir, ofrecióse en holocausto. Por la única vez en su vida Sixto Beltrán, al discurrir, no encontró trabas. Aseguraríase que no era la suya la que hablaba, sino otra voz...

Apenas si levantó la abrumada frente Julia cuando se despidió él. Su mano, laxa, luego de haber tocado levemente la de su paisano, volvió a caer a lo largo del cuerpo rígido sobre la silla en que se hallaba sentada.

Había tenido por escenario la plática el estudio de la joven, a fin de esquivar importunos, pues tan grande era la reserva con que aquélla fué solicitada. El sol de diciembre, frígido, amarillento, penetraba por la puerta abierta. A través del gran ventanal de cristales que dominaba el mar de azoteas lejanas, los ojos inexpresivos, muertos, de Julia se engolfaban en la mañana blanca. Sobre del caballete veíase una tela a medio concluir: era, en un tiborcillo de Talavera, un haz de lirios frescos y palpitantes. En el atril del piano descansaba, abierta, una partitura...

Los ojos muertos de Julia iban de una parte a otra, animándose lentamente. Se hinchaba su pecho, como si le faltase aire.

Súbitamente se puso en pie y corrió a cerrar la puerta. Después, en mitad de la estancia, comenzó a llorar. Comenzó a llorar con grandes sollozos profundos, que la sacudían toda. Comenzó a llorar sin permanecer inmóvil un solo instante, yendo de aquí para allá, con andar brusco, el rostro entre las manos, las lágrimas corriéndole a raudales por los brazos enflaquecidos, de blancura azulosa, hasta mojar las mangas.

Más tarde, al amainar el llanto, en una crispación de sufrimiento, anudó sus manos rígidas tras de la nuca; y así, cadavérica, pegada al muro, volvió a mirar la mañana que allende la ventana esplendía, pálido inmutable.

No bajó a comer. A nadie abrió su puerta.— ¡Fortuna que papá, por uno de sus múltiples negocios, no se encontraba en México!—Por la

noche se encerró en su alcoba. No había comido; no había bebido. Una vieja criada consiguió que apurase un vaso de leche. A las altas horas se agitaba bajo de las sábanas. Avasalladora fiebre hacía estallar sus sienes.

En la obscuridad resonaba la voz de Sixto: «Es preciso que se sacrifique usted; en sus manos están la vida y la honra de su padre...»— Y, asociándose a ella, voces de amor burlado y de venganza tramaban infernal concierto. Aquella alma, casta, recogida, hermética, abríase de pronto a todas las sollicitaciones del dolor. La eterna silenciosa gritaba su angustia; y menester era que con las mantas ahogara el bárbaro alarido de su boca.

«Es preciso que te sacrifiques tú...»—¿Y la otra? ¿Y él?—Difícil y terrible era la comedia.—¿De dónde coger la máscara que no la traicionase?—Los hombres, infames y bajos... El mundo... ¡oh!, el mundo...—¿Y su padre? Creía verlo: dulce, confiado...—No asomó la idea de Dios... Rosa María aseguraba que, en las supremas crisis, es lo único que queda...—¡Oh, una montaña tan escarpada, tan inaccesible!

Mejor era morir, sí...—Morir, dormir...—¿Dónde había sabido eso?—Un eterno sueño, reparador y benéfico; el eterno olvido, en el lago oscuro, sin ondas, del no sér...

Cuando amaneció, hubo de rendirse a la tremenda lucha. Dormía.

Mortal quebranto la enervaba al abrir los ojos, en las matinales horas de luz. La criada vieja avisó que la señorita estaba enferma y que no quería ver a nadie. Sofía escuchó el recado, en el comedor, con una mueca de desdén.

El momento terrible se avecinaba.

Una lamparilla esparcía sombras chinescas en la alcoba de la virgen, cuando entró su padre. Venía aún con el polvo del camino. Dijé-

ronle abajo que estaba enferma, y subió presuroso, a enterarse.

Julia sofocó el llanto, que pugnaba por rebasar sus párpados, en cuanto el viejo, posando la diestra en las mejillas exangües, declaró:

—Enferma otra vez...

Y callaron.

Sentóse don Miguel al borde de la cama, y agregó, con un gesto de cansancio:

—¡Malos tiempos!

En el grave silencio se percibía el *tic-tac* fino, lejano, del reloj, dentro del bolsillo de Bringas. Julia se incorporó. Su cabellera deshecha encuadraba el rostro enjuto, al cual comunicaba extraordinaria viveza el brillo intermitente de los grandes ojos, antaño serenos. El desgarramiento interno, inmensurable, que sentía, empujábala a hablar. Quería hablar a toda costa. Su propio esfuerzo para impedirlo crispaba sus manos y su boca.

Su padre, considerándola largamente, preguntó:

—¿Te duele algo?

Los ojos de la enferma se humedecieron.

—Estoy muy triste, papá...

—¡Si supieras que yo también!—observó el anciano, doblegando la frente—. Negocios malos... Todo mal... Esfuerzos inútiles... ¿Lograré salir con ventaja?... Estoy también triste, Julia... Sobre todo, me siento tan solo...

Un estremecimiento de sollozos sacudió el cuerpo enclenque de la muchacha. Su propio dolor, irremisiblemente, cedía el puesto al de aquella cabeza gris, casi blanca, que se inclinaba bajo la pesadumbre de quién sabe qué amarguras recónditas; — insignificantes, sin duda, junto a la que Julia, aterrorizada, consideraba ahora cual si todo lo llenase, como visión tenebrosa.

—Papá... papá...—gimió. Y echándose en los brazos seniles, y descansando su pobre cabecita sobre el hombro que ya se rendía a la fatiga de los años, lloró sin consuelo. Sólo que entonces su plañir no era estruendoso como la víspera, sino manso, ignoto, eterno, en el silencio.

—¡Papá, papá!—dijo al fin, con entrecortada voz, acallando las cariñosas palabras—. Yo he sido mala contigo...

¡Vaya, qué niña! La culpa la tengo yo, viejo tonto, con venir a contarte cosas que no debo; chismes de negocios que...

—¡No, papá, no! Yo he sido mala... Yo te he dejado solo... Al morir mamá, tú buscaste unos brazos amorosos, sin encontrarlos. Necesitabas a alguien que estuviera cerca de ti, que te animara, que te confortara... Y yo permanecí indiferente; y no me acerqué; y no compartí tu vida... Tú has sido fuerte; has luchado; has vivido para nosotras... Y yo seguí siendo, en esta casa, para ti, una desconocida... ¡Perdóname, papá!

Había desaparecido el llanto. El cuerpo de la doncella sólo se conmovía, a intervalos, con el eco de los postreros sollozos.—Y con la tibieza de aquel cuerpo, y con la ternura de aquellas manos, y con la caricia de aquellas palabras, espiritual, fugitiva, inmensa, tenía el anciano negociante la sensación clara de penetrar en un mundo celestial y nuevo, en el que las llagas se curan de pronto, y en el que las abiertas heridas se van cerrando al amor de suave bálsamo.

—¡Perdonarte! ¡Por qué, hija mía, si has sido buena y pura como los ángeles? El perdón, en todo caso, debería pedírtelo yo, que, a pesar de haberte dado el sér, no supe quién eras... El perdón... Yo estoy lleno de agradecimiento

por tus palabras... ¡Oh, necesitaba tanto de ti, tanto, tanto!

Nunca vió Julia llorar a su padre. Era ahora la primera vez. Y un generoso anhelo de consolación para el desventurado latía en su pecho.

—No sabes lo que yo te quiero... No sabes...—dijo al oído del caballero, abrazada a él—. He sido muda y egoísta. No te comprendí. Corrió nuestra vida aparte, por timidez mía, acaso por afán de estudiar; por lo que tú quieres... Pero, de hoy en adelante, yo te prometo, padre mio..., yo te prometo que seré para ti, que cuidaré tu vida, que me convertiré en la incansable vigilante de tu felicidad... Me conocerás y me querrás... Pretendo tu dicha... Quiero la tranquilidad para tus últimos años... Cumpliré así el voto de la pobre mamá... ¿Verdad que sí, papá, papacito mío?

Don Miguel la besó en la frente.

—¡Tú eres la verdad; tú eres el bien, Julia, como tu madre! Me parece... me parece al mirarte como si la luz de una mañana clara entrase en mi espíritu...

Por complacerlo, momentos más tarde, Julia fingió dormir.

Abandonó don Miguel la estancia. En el pasillo, como tropezara con su mujer, que volvía de la calle, hubo de seguirla hasta su habitación. Bruscamente, encarándose con ella, interrogó:

—¿Has hecho algo a mi hija?

Altiva hubo de considerarle Sofía. Una sonrisa irónica destellaba en sus labios. No tenía gana de reñir; horas antes habíase reconciliado con Jorge.

—¿A tu hija? ¡Bah, ni siquiera me ocupo! Por lo que veo, en esta casa todos andan ahora con el «tornillo flojo»...

Don Miguel Bringas enmudeció, pensativo.

XXXII

No dejaba de pintarse cierto sobresalto en el rostro de elegante palidez de Jorge Bazán, cuando éste, hacia las once de la mañana de uno de los primeros días de enero, penetró en lo sala de su prometida. En diez días no había visto, hablado ni escrito a Julia. Momentos antes había ella telefonado rogándole que viniese para tratar urgentísimo asunto.

Justina, la doncella, le hizo pasar. Y hete que ahora se encontraba allí, en la vasta habitación sola, a la cual llegaban, amortiguados por los ricos tapices, débiles rumores del interior y de la calle.

Despojóse del ligero gabán. Lentamente, mientras se quitaba los guantes, hubo de dar algunos pasos sobre de la mullida alfombra.—«¿Qué querrá de mí?—pensaba—. ¡Mujer más rara! Tan presto se esquivo como se muestra... En ella los mansos arrebatos de amor suceden a la enfermiza indiferencia... ¡Bah! Hay que ser pacientes... Estaba escrito que yo vendría al mundo para sufrir cristianamente al eterno femenino... Cuando no es la otra, es esta... ¡Paciencia, mi querido Jorge!»—Y suspiraba, pensando que la intempestiva cita le privó de concluir el capítulo cuarto de *El desarrollo de la idea democrática a través de las edades de nuestra historia*; aquel libro maestro del cual había decidido que formaría, andando los años, el primer volumen de sus obras completas.

Se detuvo ante la bella figura que ocupando por entero un paño de pared, entre dos balcones, emergía de la suave penumbra. Era un re-

trato al pastel, de Sofia, hecho por Ramos Martínez. El artista, tan amante de los tonos aterciopelados, tenues, de íntima delicadeza, había echado mano de los vivos y fuertes para representar a la señora de la casa. Aparecía la dama en una semidesnudez incitante, ceñido apenas el cuerpo por paños guinda, al descubierto hombros y cuello, inclinado el rostro hacia el haz de claveles rojos que aprisionaban sus manos. Dijérase que aspiraba con avidez aquel perfume sensual: el mismo que se desprendía de la garrida morena de ojos de fuego, de cabellos de sombra, de robustas y apretadas carnes.

Jorge Bazán la desnudaba mentalmente... Tan profunda era su abstracción, que no escuchó a sus espaldas los leves pasos que se acercaban.

Cuando se volvió, tenía delante a Julia. Una exclamación de sorpresa hubo de arrancarle la faz cadavérica de su novia. Creía contemplar nuevamente la letal silueta que columbró en la noche trágica y lejana, aquella vez en que junto del lecho oraba Rosa María, y parpadeante lamparilla ardía ante la Dolorosa.

—¡Julia!—gritó, tendiéndole las manos.

Ella apartó las suyas, hurtándolas tras de sus espaldas.

Jorge, desconcertado, se inmutó al reparar en la mirada de los grandes ojos lúgubres que circuían hondas ojeras.

—¿Cómo estás?—preguntó él, pretendiendo aproximarse, en tanto que la joven retrocedía—. Pero... ¿qué es esto?... No entiendo... Cualquiera aseguraría que bromeas...

—No podría yo bromear en el momento más grave de mi vida, señor Bazán.

La confusión del diputado, al oír tales palabras, no alcanzó límites. Desconocía en boca